eman ta zabal zazu

Universidad del País Vasco
Euskal Herriko Unibertsitatea

DISCURSO DEL DOCTOR HONORIS CAUSA JOSÉ ÁNGEL GARCÍA DE CORTÁZAR Y RUIZ DE AGUIRRE

La tradición universitaria, que impone para este solemne acto una precisa liturgia, incluye en ella la exigencia de que el miembro que acabáis de admitir en vuestro claustro se dirija a vosotros con una disertación. La exigencia, como sabemos, no precisa el género de la misma. A la hora de elegirlo, me ha parecido que se avendría bien con mi condición de historiador un texto que combinara contenidos de mi especialización académica con retazos de mi propia experiencia vital. Perdidos ya los ecos de lo que fue el primer ejercicio de mis lejanas oposiciones, permitidme en este momento un cierto ejercicio de egohistoria.

Éste puede comenzar por el recordatorio obvio de que las coordenadas vitales de cualquier persona reflejan su localización en tres ámbitos: un tiempo social, un espacio cultural y unas circunstancias personales. De los tres son estas últimas las que convierten a cada uno en ciudadano de varias patrias. Al menos, de tres: la patria de la infancia, la de la lengua y la del oficio.

La patria de la infancia fue, para mí, el Bilbao de los años 1940 y 1950, entonces de apariencia más turbia y torva que ahora, pero también el Dima y el Urdúliz de los veraneos familiares, que dejaron en mí posos de experiencias rurales, y, a través de la vivencia trasatlántica de las dos ramas familiares, formaron parte igualmente de esa infancia las ensoñaciones y los relatos referentes a Cuba, Méjico y, sobre todo, a Chile. Por lo demás, como tan a menudo ocurre en el País Vasco, supongo que soy gamboíno por parte de madre y oñacino por parte de padre o al revés. Al final, alejadas ya en el tiempo las luchas de bandos bajomedievales, he resultado ser, como mis once hermanos, natural, y vecino hasta cumplir los diecisiete años, de la villa de Bilbao. Y, por supuesto, durante algún tiempo, una vez alcanzada la edad de la *discretio*, socio del Athletic, un Athletic mucho más glorioso que el que hoy podemos contemplar.

En segundo lugar, la patria de la lengua. No fueron buenos tiempos los de mi infancia para el euskera, aunque mis tíos y primos de Dima lo hablaban habitualmente. Pero, además, muerto, antes de que yo naciera, mi abuelo

paterno arratiano, mi lengua materna ha sido siempre el castellano. Ello implica mi inserción en una tradición cultural y en una devoción por autores que han ido de Garcilaso de la Vega y San Juan de la Cruz a Blas de Otero y Pedro Salinas o de Miguel de Cervantes y Francisco de Quevedo a Carmen Martín Gaite y Miguel Delibes. En todos ellos he buscado y he encontrado, junto a la tersura de su palabra, la hondura de su pensamiento. Más aún, de aquellas lecturas y de la mano de Manuel Cruz, he comprobado que "estamos hechos de lenguaje; que nos pueden conmover imágenes o sonidos, pero pensar, lo que se dice pensar, sólo lo hacemos a través de palabras. Al final, es el idioma el que vehicula toda una visión del mundo y de la propia vida, en la medida en que es en una determinada lengua en la que expresamos aquello que más nos importa y en la que nos han sido dichas las palabras que nos han marcado".

Y, con el lenguaje de las palabras, al fondo, el lenguaje de la música, siempre la música acompañándome en mis horas de lectura y de investigación. Desde la entrañable melodía de las canciones vascas a las sublimes creaciones de Bach y Beethoven. No soy nada original. Como a otros muchos, se me eriza el vello tanto al escuchar el *Ara nun diran* como los pasajes de la Pasión según san Mateo.

Y, por fin, en tercer lugar, la patria del oficio. En mi caso, el oficio de historiador. Un oficio creativo, por tanto, un oficio de privilegiados, en el que, por ser tal y como nos exigía Herbert von Karajan, los que lo ejercemos deberíamos ser capaces de transmitir alegría a quienes no disfrutan del mismo privilegio. En mi oficio, como en los demás, haremos bien en declinar toda arrogancia y asumir, en cambio, el conocido pensamiento que Bernardo de Chartres esbozara en el siglo XII: "Somos enanos a hombros de gigantes y si acertamos a ver más lejos no es porque nuestra vista sea más aguda sino porque ellos nos alzan sobre su estatura gigantesca".

Ese oficio lo aprendí junto a maestros que, como Luis Suárez, encontré en la universidad de Valladolid y, especialmente, en la de Salamanca, en que, junto a Miguel Artola, hice mis primeras armas serias como docente. El oficio, que

nunca acabas de dominar, lo fortalecí en charlas con otros maestros y lo afiancé con la lectura de otros muchos. En cuanto a la práctica del oficio, la fomenté con colegas poco mayores que yo (José Luis Martín y Julio Valdeón) y con colegas más jóvenes que yo (Juan Ignacio Ruiz de la Peña, Juan Carrasco, José Ángel Sesma, Manuel González Jiménez, Miguel Ángel Ladero, Paulino Iradiel; José Ortega Valcárcel; Pascual Martínez Sopena). Y, desde que, en 1966, mis primeros alumnos salmantinos me convirtieron en maestro he completado y desarrollado mi oficio junto a mis propios discípulos.

Unos han sido directos, otros han sido indirectos o, acatando la jerga al uso, más propiamente, “no presenciales”. Todos ellos, ya maestros a su vez, profesan en distintas universidades. Unos cuantos discípulos, directos, como mi padrino de investidura José Ramón Díaz de Durana, y otros indirectos, lo hacen en esta Universidad del País Vasco. Más concretamente, en esta Facultad de Filología y Geografía e Historia. A toda esa larga lista, pero, en última instancia, muy particularmente, a los miembros del Área de Historia Medieval de Vitoria debo agradecer el hecho de encontrarme hoy aquí. De estos últimos salió el empeño que Ramón hizo suyo con absoluta convicción y hoy, en lugar del tradicional y freudiano asesinato del padre, ha protagonizado, como padrino, mi pacífico ingreso en vuestro claustro. ¡Muchas gracias, Ramón!

Como le habéis escuchado, mi recorrido académico no ha sido corto. Hoy, los beneficios académicos que en términos eclesiásticos llamaríamos pilongos se han generalizado, pero, antes, cuando tal tipo de beneficios, reflejo de una patrimonialidad más regional que de escuela, no estaba tan extendido, uno llegaba a ocupar el suyo allá donde se encontrara. En mi caso, primero, lo tuve en Valladolid (como ayudante), después en Salamanca (como adjunto), más tarde en Santiago de Compostela (como agregado y luego como catedrático) y, por fin, en Santander. Hoy, gracias a vuestra generosidad, cierro el círculo de mi recorrido por el cuadrante noroeste de la Península y duplico mi beneficio con el que ahora me otorgáis.

En ese recorrido, debo decir que nunca he tenido conciencia de peregrino en el sentido etimológico de *homo viator* por tierra extraña. Al revés, siempre he asumido mi paso como estancia, mi tránsito como instalación que podría ser definitiva. Tal vez, en ello, el mérito es menos mío que de mi compañera de fatigas, Mari Carmen Andrés Peña, a la que llevo unido prácticamente los mismos años que a mi oficio de historiador. Ella y aquella disposición de ánimo que hemos compartido son los que me han permitido disponer de tranquilidad para mirar y ver país, paisaje y paisanaje, de Castilla, de León, de Galicia, de Cantabria y, por supuesto, del País Vasco. Para una persona interesada en la historia, esto es, en el presente, en el cambio, pocas formas más sugestivas, seguras y rentables de profundizar en el campo de sus estudios que recorrer, con el macuto bien lleno de preguntas y curiosidad, los espacios, las gentes y las vivencias de las variadas tierras de España, de Europa, del mundo.

En el aprendizaje e inicial desarrollo de mi oficio, mis primeras miradas fueron para un tiempo (el siglo XV), un espacio (el reino de Castilla) y una temática (los conflictos entre nobleza y monarquía), que revelaban la sombra de mi maestro Luis Suárez. Bajo su guía, descendí por primera vez a la arena de la investigación con la tesina que presenté en marzo de 1962. Y ya en opción más personal, con ocasión de la tesis doctoral, seguí orientando mi objetivo al mismo tiempo (el siglo XV) pero a un espacio menor (el Señorío de Vizcaya) y a una temática mucho más amplia (el conjunto de la población y sus actividades). Era el primer intento, en Historia Medieval de España, de aplicar a un territorio las propuestas de análisis regional que geógrafos y economistas empezaban a poner de moda en Europa.

Desde 1965, en que alcancé el doctorado, mi preocupación teórica y analítica por los espacios regionales, por sus transformaciones, por su cambiante valor a lo largo de la historia, aunque se cobijaran bajo un nombre permanente, me ha llevado a revisitar con frecuencia ese ámbito conceptual, histórico e historiográfico de la región. Y, al hacerlo, he podido comprobar cómo un corónimo (Vizcaya, País Vasco, Castilla, España), a través de las emociones que suscita, se convierte, por encima de razones económicas y sociales, en un

vector de potencialidad enorme. Tanta que perfora el pasado a la búsqueda de sus raíces, que cree más legítimas cuanto más antiguas, a la vez que aspira a proyectarse en el futuro. Tanta que, a veces, para desesperación de historiadores y fruición de políticos, su historia se reviste de una especie de regreso al futuro que algunos desean.

La preocupación conceptual y el interés analítico por la inserción de los hechos sociales en el espacio, proceso que contribuye a delimitar los ámbitos históricos, no me han abandonado hasta hoy. En cambio, salvo en mis investigaciones sobre la sociedad medieval de Vizcaya, Álava y Guipúzcoa, hace ya cuarenta años que dejé de lado a ruanos y tenderos, a villanos y mercaderes para trasladarme al mundo rural del espacio entre el Cantábrico y el Duero. En ese mundo de campesinos y señores, de aldeas y monasterios, especialmente, entre los siglos X y XIII, es en el que me he sentido más a gusto.

A través de su análisis he podido comprender no sólo las bases y la dinámica del crecimiento experimentado por la sociedad europea en aquellas centurias sino el que, en otros momentos de la historia, incluso de época contemporánea, volvió a hacerse patente. Y ese diálogo ininterrumpido entre pasado y presente, entre muertos y vivos, que es la Historia, es el que me ha ayudado a entender un poco mejor mi propio mundo. Ese mundo actual en que la sacralización de la política ha venido a sustituir a la sacralización de la religión y al que, como piensa uno de los personajes de la última novela de Rafael Chirbes, parecen regresar todos los muertos que la Ilustración dejó sin enterrar.

Como en todas las épocas, en aquellos lejanos siglos medievales, el crecimiento tuvo su base, lógicamente, en la creación de excedentes. Desde ella se produjo el necesario estímulo para el desplazamiento de la población del campo a la ciudad, de la agricultura y la ganadería a la actividad mercantil y artesanal y al quehacer administrativo e intelectual. En cierto modo, fue en aquella larga etapa de crecimiento, en especial, en los siglos XII y XIII, cuando

cobraron forma algunos de los elementos que constituyen todavía signos de nuestra identidad como europeos occidentales.

Entre esos elementos, seis siguen siendo absolutamente operativos y varios de ellos han estado presentes en la ceremonia con que me honráis. El primero, la propia institución de la universidad. Objeto, con frecuencia, más de nuestros denuestos que de nuestros elogios; para muchos, más *alma noverca* (madrastra) que *alma mater*, al cabo de ochocientos años, y de continuas operaciones de estética, todavía puede ser reconocida, como en el siglo XIII, como el lugar en que el saber no sólo se transmite sino, sobre todo, como el lugar en que el saber se discute, se investiga y, por ello mismo, se amplía. La *lectio*, simple herencia de la *lectio divina* de tradición monacal y respeto a la autoridad, sólo sirve desde entonces como umbral de la *disputatio*, donde se afinan los métodos, se afilan los discursos y se generan nuevos saberes.

En segundo lugar, la ciudad. Tras el vocablo, hay siempre desde el siglo XII un conglomerado de poblamiento apiñado, división del trabajo y orgullo municipal. Pero también de ciudadanía hincada en la vecindad territorial, que ha roto con la anterior vecindad étnica, tribal. Pero de puertas afuera de la cerca que la rodea, ciudad equivale a jerarquización de espacios. Es la manifestación más patente de la organización social del espacio, tema en el que, tras dedicar mi atención a la historia rural en los veinte años anteriores, volqué desde 1985 mi ilusión y la de mis discípulos. Desde la convicción de que cada sociedad tiene su idea del espacio, sea simbólico, imaginario o físico, y, en lo posible, trata de proyectarla, de implantarla, salí a la búsqueda, sobre todo, de los rasgos físicos y sociales de las células que, en la Edad Media y en la Península Ibérica, ordenaban el territorio (valle, aldea, solar, villa, comunidad de villa y tierra) y de las células que lo articulaban (parroquia, obispado, señorío, municipio, reino).

En tercer lugar, el idioma. Los primeros vagidos de mi lengua materna, el castellano, se datan en la segunda mitad del siglo XI, aunque cien años antes aparecieron ya vocablos sueltos en los Glosarios del monasterio de San Millán de la Cogolla. Pero sólo a comienzos del siglo XIII, con el Cantar de Mío Cid y

la multiplicación de los documentos administrativos, el idioma de Castilla adquirió identidad reconocible, que Alfonso X el Sabio se encargó de consagrar.

En cuarto lugar, la tradición cristiana en que, al margen de creencias, agnosticismos o ateísmos personales, vivimos todavía inmersos en materia de nombres personales, de tiempos y, ya en menor medida, de espacios. Es cierto que tal tradición, como mostraba la iconografía románica, era ya vieja en los siglos XI y XII pero no es menos cierto que en el siglo XIII se asentó sobre el fundamento de una sólida teologización, una rigurosa juridización y una matizada institucionalización. En este punto, todavía resultan audibles hoy los ecos de los cánones del Concilio IV de Letrán de 1215 y de la primera compilación de las decretales pontificias en 1234.

En quinto lugar, también nos llega de los siglos XI y XII un cierto sentido contractual de la relación política. La que limitó entonces los desmanes de los señores al ponerlos por escrito. La que abrió a los representantes de algunas de las ciudades de los reinos el acceso a las cortes. La que animó a los teólogos a recuperar el viejo principio aristotélico de que “el hombre es un animal político”, un ser para vivir en la polis. Lejos, desde luego, de nuestras formas democráticas actuales, aquel sentido contractual fue, sin duda, precedente obligado de ellas. Al fin y al cabo, el principio político que hoy nos rige no está lejos del que los pactistas y conciliaristas del siglo XIV acuñaron: *quod omnes tangit ab omnibus aprobari debet*.

Y, por fin, en aquellos mismos siglos, datamos, en sexto lugar, el nacimiento de una triple conciencia. Una primera, la de objetividad y distanciamiento respecto a la naturaleza: ella animó al hombre del siglo XII a empezar a considerarse colaborador de Dios, al menos, en la compleción de la creación divina. Una segunda, la de la memoria histórica: ella fue la que hizo a los europeos cada vez más conscientes de su pasado y de su presente, incluida una leve arrogancia de modernidad, en la que el propio vocablo *novitas*, novedad, perdió la etiqueta de sospechoso, que había tenido hasta principios del siglo XII, y

adquirió la de novedad ilusionante, prometedora. Y una tercera, la del descubrimiento de la individualidad, que fue la que promovió la forma actual de nuestros nombres y apellidos, los más viejos emblemas heráldicos y los primeros atisbos de la autobiografía.

En aquel tiempo (siglos X a XIII) y en aquel amplio y familiar espacio (Europa occidental) es donde me he sentido especialmente a gusto. Por uno y otro, tras mi estudio doctoral dedicado al siglo XV, he transitado con ilusión y con pasión. Y, la salud mediante, pienso hacerlo en los próximos años, convencido con el poeta (Juan Luis López Precioso) "que aún perdura […] la sombra de un sueño roto que todavía es posible y acaso no ha concluido". Versos que no ocultan su parentesco con el "no rechaces los sueños por ser sueños" de Pedro Salinas, el poeta que nos legó para siempre la idea de que "Soñar es el modo que el alma tiene para que nunca se la escape lo que se escaparía si dejamos de soñar que es verdad lo que no existe".

La sombra de ese sueño es, en mi caso, pasar del estudio de los aspectos materiales de la vida de los hombres de los siglos X a XIII al de sus ilusiones, imágenes y creencias. No pretendo correr por un campo sembrado ya de nombres de historiadores ilustres del que los frutos más bellos ya han sido cosechados. Me basta con tratar de tender puentes entre lo que ha sido mi investigación hasta ahora y la que aspiro lo sea en el futuro. Para ello, nada más prudente que fijarse el cauto objetivo de indagar en algo muy concreto como es la organización socioeclesiológica del espacio. Esto es, en la impronta, aún hoy visible y a veces operativa, que la Iglesia dejó en cada uno de los tres planos en que aquella organización se fue plasmando: el administrativo de las circunscripciones, el físico de los lugares santos (templos y cementerios) y el metafórico de las devociones, que es tanto como decir de las mentalidades y sensibilidades.

Hacia ese pasado/presente de la vida de la sociedad trato de encaminar mis pasos. Y lo hago con la prudencia que reclama el saber que, como recordó Hartley en el *incipit* de su novela *El mensajero*, que luego Losey convertiría en

película, “El pasado es un país extranjero; allí las cosas se hacen de otra manera”. En otras palabras, sé que, como historiador, debo viajar hacia ese pasado con todas las preguntas que mi presente y las respuestas anteriores me han sugerido pero también con todo el respeto a las formas de organizar la sociedad que tuvieron nuestros antepasados. En definitiva, no se trata tanto de juzgarlos cuanto de descubrir e interpretar la racionalidad del sistema en que creyeron y trataron de defender hasta que fuerzas surgidas de las entrañas de su sociedad o llegadas de fuera impusieron uno nuevo que lo sustituyó.

Para ese caminar historiográfico, y, sin duda, también para mi propio caminar biográfico, me gustaría estar atento a los matices, el matiz, esa especie que parece en vías de extinción en nuestra vida pública y aun en nuestra cultura, donde, en los últimos años, como es sentir común y expresó gráficamente un autor cuyo nombre no recuerdo, las conversaciones se han adelgazado y, en parte, envenenado. Me gustaría, en una palabra, no abandonar el mundo que Adela Cortina llama de la “ciudadanía compleja”, construida a diario en el combate por el pluralismo y amenazada siempre por la comodidad de la “ciudadanía simple”, aquélla que anula todas las diferencias para no tomarse la molestia de intentar articularlas.

Ese espíritu matizado y complejo es el que deseo que inspire mi nueva andadura historiográfica. Aunque, en ocasiones, nuestros compañeros estudiosos de las ciencias de la naturaleza muestran sus dudas sobre el status de la Historia en el *corpus* de las disciplinas científicas, muchos de ellos son conscientes, como gran parte de nuestros conciudadanos y la totalidad de nuestros políticos, de que, como dice Anna Caballé, “el acto de representar el pasado, de transformarlo en una relación consecuente de hechos y situaciones mediante la palabra otorga al responsable de la representación un gran poder. El poder reside, sin duda, en la forma que adquiera esa representación pero tal vez más en el significado que el historiador atribuye a los sucesos y situaciones dilucidados en el *continuum* de la experiencia de una comunidad. En ese sentido, hay que reconocer que el historiador viene a ser el dueño del paisaje

que pinta en su lienzo pues tiene en su mano decidir el alcance representativo y, por tanto, simbólico, de los personajes y acontecimientos que describe".

Éste es el poder, inmenso poder del historiador. El que otorga su relevancia a la disciplina que cultivamos. En definitiva, los relatos de la Historia, y no los de la Física, la Bioquímica o la Macroeconomía, son los que apasionan y mueven. Son aquellos relatos los que han llegado a impulsar a matar y morir por la verdad, cierta o imaginada, que contenían. Son las respectivas narrativas las que exhiben u ocultan el rostro de verdugos y víctimas, y de ello tenéis harta experiencia en esta tierra, que es la mía. Por ella, sabéis que de los dos significados que el idioma español otorga al vocablo "Historia", el primero, el de las *res gestae*, el de las acciones, fructifica y tiene sus héroes en toda época y situación, pero el segundo, el de la *narratio* de esas acciones, sólo alcanza frutos maduros en tiempos de libertad. Es sólo entonces cuando la memoria, siempre memoria *para algo* y, al decir de Patrick Geary, un algo en el fondo inevitablemente político, puede convertirse en historia.

Si aspirar a esa libertad es derecho de todo ciudadano, reivindicarla debe ser obligación de todo historiador. Ése es también el paisaje que, como dueño de mi propio lienzo, quisiera pintar en mi cuadro particular. Y si mis fuerzas no llegan a tanto, quiero, al menos, vivir ese "poder pintar" con honestidad, pasión y mesura, tríada que forma parte del oficio de historiador, que ha sido y sigue siendo el mío. Un oficio creativo que, al ejercerlo, ha hecho de mí un sujeto privilegiado. Como resumía Marc Bloch, "Escribir sobre historia y enseñarla: ése es desde hace casi treinta y cuatro años mi oficio". En mi caso, han sido cuarenta y cinco, desde la primera lección universitaria que impartí el 18 de marzo de 1963 en la facultad de Historia de la universidad de Valladolid. Mi legado intelectual, como decía hace un año del suyo mi colega Emilio Mitre, no va a ser ni de lejos tan rico como el del gran medievalista francés; sólo confío en que mi final en la tierra sea mucho menos dramático que el suyo.

Queridos amigos y, desde hoy, acreedores preferentes, ya termino. Y, en estos momentos para mí intensamente emotivos, lo hago recordando precisamente

que, a diferencia de la prosa, la poesía no expresa la emoción sino que la absorbe lingüísticamente. Por eso, sólo la poesía, no la historia, es capaz de captar la totalidad. En mi caso, la totalidad de mi sentimiento de gratitud a todos los doctores de la universidad del País Vasco que hoy me acogéis en vuestro claustro y a quienes, si puede parecer excesivo el “No puedo elevar mi corazón hasta mis labios” de la Cordelia del primer acto de “El rey Lear”, ruego me creáis sincero y aceptéis que, al menos, con Garcilaso, diga sencilla y sentidamente: por siempre “escrito está en mi alma vuestro gesto”.

El gesto que, en definitiva, me permite cumplir el deseo que no alcanzó el Dante del inicio del canto 25 del Paraíso de su *Divina Comedia*. Aquel deseo con el que el poeta toscano vivió para soñar que, algún día, “con la voz alterada por la edad y ya blancos los cabellos, volveré a mi tierra y en la misma fuente en que fui bautizado recibiré los laureles de poeta”. Hoy y aquí, gracias a vosotros, si no los de poeta, alcanzo con esta investidura los de historiador.

¡Muchas gracias a todos!